MENSAJE DEL CONSEJO PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL

URUGUAY: PAÍS DE HERMANOS, TAREA DE TODOS

1. Manifestamos con toda lealtad que creemos en los esfuerzos de todos aquellos hombres y mujeres que desinteresadamente buscan caminos conducentes a la superación de la crisis económica y social por la que atraviesa nuestro País; sean éstos, integrantes del Gobierno, de los Gremios, de Empresarios y de tantas otras Instituciones, o sea cualquier uruguayo que, con nobleza y responsabilidad, trabaja por el bien de su País.

2. La preocupación generalizada por la situación económica que compartimos con nuestra gente, nos urge a hacer nuestras las palabras del Concilio Vaticano II: *"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Y nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón"* (GS. 1).

3. Nuestra misión de Pastores no es propiamente la de ofrecer soluciones técnicas a los problemas que nos agobian; y, por otra parte, el manejo de porcentajes que efectúan los expertos -sin duda, útiles y necesarios según sus propias técnicas- no son suficientes en el momento actual para aliviar las dificultades y carencias que la mayoría de nuestro pueblo experimenta a diario.

4. Nos limitamos, en cambio, a compartir con nuestra sensibilidad de cristianos los sufrimientos e incertidumbres del momento presente, y a denunciar con nuestra voz de Pastores la angustia y la tristeza de los hombres de nuestra Patria, sobre todo de los pobres y de cuantos se sienten afligidos.

5. Oímos diariamente en nuestras ciudades y en los campos el clamor de tantos hombres, mujeres y niños que carecen de lo indispensable para vivir. Observamos que decrece progresivamente la calidad de vida de nuestra gente, que conduce rápidamente a la pérdida de valores socioculturales, como la convivencia humana, el respeto mutuo, la dignidad de la mujer, el respeto a la vida, y tantos otros. Esta pérdida provoca robos, secuestros, violaciones, la prostitución y otros males que nos afligen.

   Vemos con claridad rostros sufridos de muchos de nuestros conciudadanos:
   - Rostros de obreros que no tienen seguridad laboral, porque día a día se van cerrando las fuentes de su trabajo, o porque su salario no les alcanza para cubrir las necesidades mínimas de su núcleo familiar.
   - Rostros de niños que, desde su nacimiento, han sido expuestos a vivir en el hacinamiento de los mal llamados "cantegriles", o tugurios, privados de alimentación, higiene y educación que les permita vislumbrar un futuro digno.
   - Rostros de jóvenes que se ven obligados a emigrar en busca de mejor suerte, o que, en el peor de los tan frecuentes casos, caen en la violencia y el robo, porque a veces no encuentran las condiciones adecuadas para labrarse con su esfuerzo un camino de realización personal en la sociedad.
   - Rostros de ancianos -jubilados y pensionistas- que de ninguna manera pueden alcanzar con sus magras pensiones el alimento indispensable para subsistir, y pugnan afanosamente por un "algo más", al que casi nunca llegan. Ancianos que viven en la soledad, sin el cariño de una familia, o relegados en pensiones inhumanas.
   - Rostros ansiosos de familias que no tienen posibilidad de acceso a una vivienda decorosa, o que viven bajo la amenaza del desalojo o en la imposibilidad de tener

un espacio digno para formar su hogar.

6. Comprendemos perfectamente que no es fácil cambiar esta situación, ya que muchas de sus causas, que desde tiempo atrás se vienen agravando, son difíciles de resolver. Por ejemplo, los condicionamientos de la Deuda externa, las consecuencias del conflicto del Golfo Pérsico y otras, que inciden sin miramientos sobre ella.

   Pero, al mismo tiempo, nos golpea fuertemente lo que ya decían los Obispos, reunidos en Puebla: *"Vemos a la luz de la fe como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres... El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas"* (P. 28).

   El interés personal conduce muchas veces a medir las consecuencias de la crisis actual desde la repercusión en lo individual; desde lo que antes tenía o recibía y ahora no se tiene o se recibe, sin advertir que otros no tienen lo absolutamente necesario para vivir. A esto se añade la indiferencia, la insensibilidad, la especulación y tantas otras actitudes que ponen de manifiesto la crisis moral que agrava hondamente la crisis económica.

   Esta situación, se hace todavía más difícil, con el crecimiento progresivo de la corrupción que se extiende a todos los ámbitos de la sociedad y que deforma la conciencia y entorpece la corresponsabilidad en la búsqueda del bien común de la sociedad y de cada uno de los que la integran.

   No obstante, estamos seguros de que cuando más avanzada está la noche, más cercana está la aurora.

7. Estamos convencidos de que no habrá una sociedad nueva si no hay hombres nuevos. El Evangelio de Jesús nos impulsa a levantar nuestra voz desde los que más sufren en estos momentos, desde los que están más carenciados y marginados, a ejemplo de Juan el Bautista que, preparando la venida de Jesús el Salvador, invitaba a sus oyentes a un cambio profundo de actitud: *"El que tenga qué comer, dé al que no tiene... No cobren más de lo debido... No abusen de la gente"* (Lc.3,10 ss).

8. No superaremos esta difícil situación si todos los uruguayos no asumimos eficazmente un compromiso leal de solidaridad, tal como la entiende el Papa Juan Pablo II, cuando escribe: *La solidaridad "no es, pues, un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común... Es la entrega por el bien del prójimo, que está dispuesto a 'perderse', en sentido evangélico, por el otro en lugar de explotarlo, y a 'servirlo' en lugar de oprimirlo para el propio provecho"* (SRS, 38).

   * Solidaridad, por tanto, de todos los hombres y mujeres de este País, convencidos de que su futuro depende de una convivencia basada en el respeto de todos los derechos humanos, y en el esfuerzo incansable y creativo para hacer posible a todos una vida digna, especialmente para los marginados y carenciados.

   * Solidaridad de los responsables de la gestión pública, a quienes pedimos, como custodios que son del bien común, renueven su esfuerzo hasta agotar su capacidad de sensibilidad frente a las necesidades y sufrimientos de nuestro pueblo. Creemos que se ha de considerar atentamente el costo social del reajuste económico que incide inevitablemente en la vida de nuestro pueblo.

   * Solidaridad de los Empresarios en estos tiempos tan extremadamente difíciles, a quienes recordamos -como ya lo hiciera el Papa Juan Pablo II- que en la empresa

"por encima de sus aspectos técnicos y económicos -en los que sois maestros- hay uno más profundo: el de su dimensión moral. Economía y técnica, en efecto, no tienen sentido si no son referidas al hombre, al que debe servir.
De hecho el trabajo es para el hombre, y no el hombre para el trabajo; por consiguiente, también la empresa es para el hombre, y no el hombre para la empresa".
Les pedimos y animamos a que audazmente emprendan caminos nuevos, eficaces y generosos que ayuden a prosperar a nuestro País, den trabajo a tantos desocupados, se preocupen de que sus obreros tengan buenas condiciones de trabajo y éste sea remunerado justamente. En fin, que sus empresas logren ser una auténtica comunidad de personas.

* Solidaridad de los Gremios y Sindicatos en un reclamo justo por una adecuada retribución de su trabajo sin perder de vista el bien común, y no exponer a otros compañeros y a sus familias a disminuir aún más el ya menguado salario que no les alcanza para cubrir el mínimo necesario.

* Solidaridad de todos los que nos decimos creyentes en Jesucristo, que tenemos el deber apremiante de distinguirnos por el amor solidario, tal como Él, Jesús de Nazaret, lo hizo solidarizándose con los más carenciados y marginados.

* Solidaridad de nuestras Parroquias, Instituciones y Organismos de promoción humana cristianos que, a través de ollas populares, desayunos, merenderos o guarderías infantiles y otros tipos de servicio tratan de paliar el hambre, que deja tras de sí desnutrición e incapacidad.

* Solidaridad de las Comunidades religiosas que, dentro de sus posibilidades, atiendan a todos aquellos que llaman a sus puertas, sumidos en la más completa indigencia, para recibir un pedazo de pan, un plato de sopa caliente o una esperada posibilidad de trabajo.

* Solidaridad de nuestras pequeñas comunidades eclesiales -espacios privilegiados de fraternidad, participación y servicio-, germen de esperanza para tantos hermanos nuestros.
Hoy, más que nunca, nuestra creatividad tiene que ser eficaz para realizar gestos de solidaridad que muestren la inventiva de la fuerza transformadora del Evangelio de Jesús.

9. Que la celebración de los 500 años de la Evangelización de América Latina nos encuentre a los uruguayos profundamente solidarizados, viviendo unidos, compartiendo con los más necesitados, para que nuestro Uruguay sea el País de hermanos, fruto de la tarea de todos.

Que Santa María, la Virgen de los Treinta y Tres, tan vinculada a nuestra historia nacional, nos enseñe y ayude a resolver los momentos difíciles que juntos queremos superar.

Mons. Orestes S. Nuti, SDB
Obispo de Canelones
Presidente de la CEU

Mons. José Gottardi, SDB
Arzobispo de Montevideo
Vicepresidente de la CEU

Mons. Orlando Romero

Obispo Auxiliar de Montevideo
Secretario General de la CEU

Montevideo, 5 de octubre de 1990